

El Premio Mergenthaler



Mario
Madrigal

No se le ha dado la importancia que merece al premio Mergenthaler, que la Sociedad Interamericana de Prensa otorgó al periodista costarricense don Manuel Formoso, subdirector de LA NACION.

Este premio, más que una satisfacción personal, significa un honor para el periodismo nacional, y un reconocimiento al país en general, ya que fueron ciudadanos de todos los niveles sociales y económicos quienes, con sus aportes pequeños o grandes, contribuyeron a que el sueño de tantos años de unir por carretera la provincia de Limón y el resto del país se pudiera convertir en una realidad.

Conocí a don Manuel Formoso hace ya muchos años, cuando precisamente me iniciaba en las lides del periodismo. Fue mi director pero más que todo fue mi amigo, como lo fue de todos los que trabajamos bajo su sabia dirección. Sin llegar a un paternalismo extremo, sí supo siempre distinguir la diferencia que existe entre las palabras "empleado" y "ser humano", algo que muy pocas personas saben hacer y que constituye una cualidad que, si se gene-

ralizara, evitaría un sinnúmero de problemas de nuestra sociedad actual.

En aquellos tiempos, de bajos presupuestos, de angustias económicas, había que repartir el trabajo como mejor se pudiera, y yo hacía de redactor, de fotógrafo, de crítico teatral, y, además, escribía una columna para la página editorial. Pero don Manuel, además de la enorme responsabilidad que significa ser director de un periódico, hacía toda clase de trabajos, escribía editoriales revisaba el trabajo de todos los redactores, corregía pruebas, y todavía tenía tiempo para entrevistar a una serie de personalidades, cuyos pensamientos adornaba con su gracejo y su fina ironía.

Y en las noches, ya pasada la intensidad mayor del trabajo cotidiano, y mientras esperábamos la última noticia importante para cerrar la edición de ese día, se producía la tertulia, casi bohemia, los relatos de tiempos pasados, las enseñanzas.

Recuerdo, sobre todo, una noche. Se había producido un terrible accidente esa mañana en la carretera que va hacia el volcán Irazú; un autobús tuvo una falla mecánica en su sistema de frenos y, después de tomar gran velocidad, se había estrellado contra un paredón, produciendo una cantidad grande de heridos y varios muertos.

El cuadro era desolador. Miembros humanos dispersos todo alrededor del lugar del accidente. Y la sangre, como una mancha de aceite en el agua, extendida

dose por la carretera, cubriendo el césped, y pintando de rojo las flores blancas que abundan en esa región.

Tomé los datos, saqué las fotografías, escribí la crónica... y me sentí enfermo el resto del día. Esa noche, don Manuel, que me había estado observando, me llamó aparte, y sus palabras todavía resuenan en mis oídos.

"El trabajo del periodista es difícil, amargo, ingrato y a menudo incomprendido. Pero es necesario. Hace bien a la humanidad y eso es suficiente para que lo hagamos, sin tomar en cuenta los sacrificios, molestias o sinsabores que suframos".

"Hay dos clases de personas que debemos tomar en cuenta en nuestro trabajo: los lectores, que son nuestros verdaderos patrones, y a quienes debemos fidelidad, honradez y dedicación. Y a aquellas personas a quienes nuestro trabajo afecta, los que entrevistamos, los que investigamos, los que en ciertas ocasiones, vemos morir...".

"No debemos herir ni a unos ni a los otros. Nuestra meta debe ser informar, pero no producir daño. Al escribir algo, debemos preguntarnos: "esto que he escrito, ¿hace algún bien? ¿Podría ser de utilidad a alguien?" Si nuestra respuesta es afirmativa, entonces nuestra labor es buena y necesaria".

Han pasado muchos años, pero estas palabras de Manuel Formoso, premio Mergenthaler de este año, no han envejecido, como no pueden envejecer nunca la bondad, la sabiduría, y todos los valores eternos.